

## Noticiario

La Revolución francesa es uno de los acontecimientos más trascendentales de la historia universal. De ahí el interés de innumerables investigadores por estudiarla y analizarla en sus diversos detalles. A medida que el tiempo ha transcurrido nuevos aspectos han sido presentados y nuevas condiciones han surgido para enfocar sus alternativas y su carácter fundamental. Al cumplirse el 160º aniversario de su estallido, hemos estimado de interés llevar a cabo un ensayo de conjunto sobre su historiografía más reciente y sobre sus rasgos más esenciales.

### CRONOLOGÍA SINTÉTICA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA.

Año 1789:

- 5 de mayo.—Primera sesión de los Estados Generales.
- 17 de junio.—El Estado Llano se constituye en Asamblea Nacional.
- 20 de junio.—Juramento del Frontón.
- 27 de junio.—Reunión de los tres estados en Asamblea Constituyente.
- 14 de julio.—Toma de la Bastilla. Comienzo de la emigra-

ción. Sublevaciones campesinas en contra de los derechos feudales.

4 de agosto.—La Asamblea Constituyente, en forma unánime, abolió los privilegios.

20-26 de agosto.—Es decretada y votada la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano.

5-6 de octubre.—Invasión del palacio de Versalles e instalación de la familia real en las Tullerías.

19 de octubre.—La Asamblea tiene sus sesiones en París. Mirabeau es su principal animador. Se inicia el desarrollo de los clubs: de los Bernardos (moderados); de los Jacobinos (Robespierre); de los Franciscanos (Marat y Dantón).

#### Año 1790:

14 de julio.—Fiesta de la Federación.

24 de agosto.—El rey acepta la Constitución civil del clero.

30 de octubre.—La Asamblea exige a los eclesiásticos el juramento cívico en respuesta a una protesta de los Obispos.

#### Año 1791:

2 de abril.—Muerte de Mirabeau.

20-21-25 de junio.—A raíz de la prohibición del Papa del juramento cívico, el Rey rompe con la Asamblea y huye de París. Es reconocido y detenido en Varennes. Conducido a la capital es suspendido de sus funciones.

17 de julio.—La guardia nacional reprime un motín en el Campo de Marte, lo que produce la escisión entre monarquistas y republicanos.

14 de septiembre.—Luis XVI, que había sido restablecido

en sus atribuciones por la Asamblea, acepta la Constitución.

30 de septiembre.—La Asamblea Constituyente se disuelve.

1.º de octubre.—Se reúne la Asamblea Legislativa.

*Año 1792:*

12 de marzo.—Formación de un Ministerio girondino.

20 de marzo.—Declaración de guerra al Austria.

13 de junio.—Ministerio Bernardo, de tendencia realista, en reemplazo de los girondinos.

11 de julio.—Se proclama la Patria en peligro.

9-10 de agosto.—Se forma una comuna insurreccional en París, con sede en el Municipio. Son atacadas y tomadas las Tullerías. La familia real es encerrada en el Temple. Con la caída de la realeza se alza el poder revolucionario del Municipio de París.

2-6 de septiembre.—Masacre de 1,000 detenidos políticos en las prisiones de París.

20 de septiembre.—Victoria de Valmy. El ejército prusiano debe retroceder. La Asamblea Legislativa cede su lugar a la Convención.

Octubre.—Creación del Comité de Seguridad General.

*Año 1793:*

21 de enero.—Ejecución de Luis XVI.

10 de marzo.—Creación del Tribunal Revolucionario. Insurrección de la Vendée.

6 de abril.—Creación del Comité de Salvación Pública.

2 de junio.—Arresto de los girondinos.

24 de junio.—Proclamación de la Constitución de 1793.

13 de julio.—Asesinato de Marat. Aplastamiento de insurrecciones girondinas y realistas.

Agosto-septiembre.—Implantación del Terror a consecuencia del peligro exterior: levantamiento en masa, empréstito forzoso, ley de sospechosos, colocación fuera de la ley de los sacerdotes refractarios y los emigrados.

16 de octubre.—Ejecución de María Antonieta.

31 de octubre.—Ejecución de 21 diputados girondinos.

10 de noviembre.—Fiesta de la Razón.

*Año 1794:*

24 de marzo.—Ejecución de los Hebertistas, enemigos de todos los cultos.

5 de abril.—Ejecución de Dantón. Dictadura de Robespierre y comienzo del gran Terror.

26-27-28 de julio.—Caída y ejecución de Robespierre. Fin del Terror, durante el cual fueron ejecutadas, sólo en París, 2,695 personas. (Esta fecha corresponde al 8-9-10 Thermidor, del año II).

*Año 1795:*

1.º de abril y 20 de mayo.—Represión de insurrecciones jacobinas.

Junio-julio.—Los emigrados que intentan un desembarco en Quiberon son masacrados.

22 de agosto.—Constitución del año III.

6 de octubre.—Bonaparte aplasta una insurrección realista.

26 de octubre.—Se disuelve la Convención y se instala el Directorio, dirigido por Barras.

Desde esta fecha el Directorio, que representa la República burguesa, gobierna en medio de una creciente impopularidad. Debió reprimir levantamientos jacobinos y el 25 de mayo de 1797 hizo ejecutar a Gracchus Babeuf, y sus principales parti-

darios, quien es el primer enunciador de una teoría verdaderamente comunista. El Directorio cae el 9 de noviembre de 1799 (13 Brumario del año VIII), por un golpe militar de Bonaparte, con motivo del cual el Consulado reemplaza al Directorio y pone fin a la República.

#### LAS NUEVAS INVESTIGACIONES E INTERPRETACIONES DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA.

Numerosos escritores, Thiers, Michelet, Aulard, entre otros, han presentado la Revolución francesa como la obra de los filósofos, es decir, sería un hecho esencialmente ideológico. Este criterio guarda relación con la extraordinaria labor de los grandes escritores del siglo XVIII en la crítica del Antiguo Régimen y en la exposición de la nueva ideología liberal. Los pensadores franceses de ese siglo mantuvieron una sistemática ofensiva ideológica en contra del régimen feudal-absolutista.

Lo cierto es que, en la segunda mitad del siglo XVIII, la Francia absolutista estaba en vísperas de una revolución económica. Está «preñada por el capitalismo industrial al que la lleva el desenvolvimiento de las fuerzas productivas. Pero el régimen de la producción y, sobre todo, su expresión jurídica frenan ese desarrollo. La superestructura política que los traduce consagra las viejas relaciones sociales semif feudales. En una palabra, se ve madurar el conflicto gigantesco que no se resolverá sino que en 1789, por la revolución burguesa clásica».

Si consideramos que «las ideas dominantes de una época no han sido nunca más que las ideas de la clase dominante» podemos explicarnos por qué las ideas avasalladoras del siglo XVIII eran las de la burguesía. Esta era la clase más fuerte, por cuanto poseía el poder económico, estaba bien organizada y tenía una firme conciencia clasista. En esta época no existía otro conglomerado social renovador que se le pudiera oponer. De ahí que la burguesía proclamaba sus ideas como verdades

eternas a las que no se podía lanzar ninguna otra verdad de clase. Los teóricos de la burguesía en este siglo: Voltaire, los Fisiócratas, Montesquieu, los Enciclopedistas (Diderot) y Rousseau, socavaban los fundamentos del sistema feudal-absolutista y ponen en descubierto sus contradicciones y errores, a la vez que exponen, con inigualada elocuencia, nuevas concepciones, de acuerdo con el rápido desarrollo de la sociedad.

A propósito de ellos ha escrito una página penetrante Federico Engels, en su gran obra «Anti-Duhring», que vale la pena reproducir: «Los grandes hombres que en Francia prepararon las cabezas para la revolución que había de desencadenarse adoptaron ya una posición decididamente revolucionaria.

«No reconocían autoridad exterior de ningún género. La religión, la observación de la naturaleza, la propiedad, el orden público: todo lo sometían a la crítica más despiadada, y cuanto existía había de justificar los títulos de su existencia en el foro de la razón o renunciar a seguir existiendo. A todo se aplicaba como rasero único la razón pensante... Todas las formas anteriores de la sociedad y el Estado, todas las ideas tradicionales fueron arrinconadas en el desván como irracionales; hasta allí el mundo se había dejado gobernar por puros prejuicios; el pasado no merecía más que conmiseración y desprecio. Hasta entonces el mundo había estado envuelto en tinieblas, en lo sucesivo, la superstición, la injusticia, el privilegio y la opresión serían desplazados por la verdad eterna, por la eterna justicia, por la igualdad basada en la naturaleza y por los derechos inalienables del hombre. Hoy sabemos ya que ese reino de la razón no era más que el reino idealizado de la burguesía; que la justicia eterna vino a tomar cuerpo en la justicia burguesa; que la igualdad se redujo a la igualdad burguesa ante la ley; que los derechos esenciales del hombre, proclamados por los racionalistas, tenían por cifra la sociedad burguesa y que el Estado de la razón, el contrato social de Rousseau, no nació ni podía nacer a la vida más que bajo la forma de una República democrática burguesa.

Los grandes pensadores del siglo XVIII, lo mismo que todos sus antecesores, no podían trasponer los límites que les había fijado su época».

Es por eso que, sin dejar de reconocer la importancia de las ideas de los grandes filósofos del siglo XVIII en la dirección posterior de la Revolución francesa, es más acertado, y está más de acuerdo con la realidad social, buscar en el desarrollo económico y en los grandes cambios anexos la causa última de aquel gran acontecimiento histórico.

Precisamente, desde hace algunas décadas, varios grandes investigadores comenzaron a considerar en forma preferente las cuestiones sociales y económicas, entre los cuales el más brillante precursor es Luis Blanc, penetrante escritor, y destacado dirigente en las jornadas revolucionarias de 1848, en representación de los sectores republicanos socialistas.

Ha sido Jean Jaurés, secundado por hombres de ciencia enciclopédica como Lucien Herr y Charles Andler, quién orientó definitivamente estos estudios en el sentido económico-social, sin dejar por esto de considerar la importancia del movimiento filosófico. Jean Jaurés que se destacó como un notable político socialista y un brillante orador parlamentario es el autor de una «Historia Socialista de la Revolución Francesa» en la que dirige la investigación hacia el plano de los fenómenos económicos y sociales como decisivos en el estallido y peripecias de dicho suceso. Jaurés, gran humanista, señala también las causas ideológicas, teorías políticas y filosóficas, en su gestación y desenvolvimiento, pero es el factor económico-social al que otorga mayor rol. Desde la aparición del magistral estudio de Jean Jaurés la revolución francesa se nos presenta como el coronamiento de una larga evolución económica y social en la que el poder de la burguesía, que llegaba a su madurez, se impuso y logró su lógica consagración hasta transformarse en la dominadora del mundo. La Revolución de 1789 no fué un movimiento socialista; se inspiró en las ideas del liberalismo económico e hizo más por salva-

guardiar los derechos de la propiedad que para proteger los del hombre, incorporando al Estado a la burguesía en beneficio de la que se lograron nuevos privilegios. El drama de la revolución francesa, según lo nota Jaurés, es que, a pesar del derrocamiento de las clases feudales privilegiadas y de la transformación del individuo en ciudadano, lo esencial de los privilegios antiguos fué mantenido.

El continuador más afortunado y sistemático de Jean Jaurés ha sido Albert Mathiez, profesor de la Universidad de París. Mathiez ha escrito varios libros de extraordinario mérito sobre los hechos y dirigentes de la revolución francesa, tales como: «En torno a Dantón», «En torno a Robespierre», «La vida cara y el movimiento social bajo el Terror», «La reacción termidoriana» y una gran obra de conjunto: «La Revolución Francesa».

Albert Mathiez afirma que las verdaderas revoluciones son aquellas que no se limitan a cambiar las formas políticas y el personal gobernante sino que transforman las instituciones y desplazan la propiedad resultando de una larga y obscura gestación hasta estallar al conjuro de circunstancias fortuitas. Tal es el profundo contenido de la revolución francesa que se preparó a lo largo de un siglo, a causa del divorcio cada día más profundo entre la realidad y las leyes, entre las instituciones y las costumbres. Los productores sobre quienes reposaba la vida de la sociedad acrecentaban incesantemente su poder, pero el trabajo, de acuerdo con la legislación y costumbres, era considerado una tarea de vileza. Se era noble en la misma medida en que se era parásito e inútil. El nacimiento y la ociosidad conferían privilegios cada vez más irritantes para los que laboraban y poseían la riqueza y que estaban excluidos del gobierno.

El sistema feudal reposaba sobre la propiedad territorial y la servidumbre, aunque ésta desaparece con el tiempo, de tal suerte que la gleba emancipada permaneció unida al señor por el lazo de las rentas feudales, especie de arrendamientos perpetuos, que eran percibidos en especie—terrazgos—o en dinero—

censos—. Durante la época de la revolución casi las dos quintas partes del suelo de Francia se encontraba ya en manos de propietarios campesinos, aunque rara vez eran, desde un punto de vista legal, propietarios absolutos: pagaban un censo anual por su tierra y quedaban sujetos a la jurisprudencia feudal de su señor, lo que los exponía a tributos y cargas vejatorias, pero gozaban de la seguridad de su posesión y podían pasarla a sus hijos. Los mayorazgos aseguraban la existencia del patrimonio feudal, pero creaban el problema de los segundones que pasaban a constituir, cuando no encontraban plaza en el clero o en la milicia, una plebe nobiliaria, que detestaba a la alta nobleza y a la burguesía rica.

La alta nobleza tenía por núcleo a las 4,000 familias cortesanas (en una población de 20,000,000) que vivían en la Corte y ocupaban los puestos elevados del Ejército, alto clero y gobernaciones, consumiéndose la mitad del Presupuesto de la nación. (Sus bienes eran enormes, de tal modo que por su venta durante Terror se sobrepasó la suma de 4,000 millones). La nobleza de toga era casi tan rica y tan orgullosa: compra las mejores tierras, aspira a dirigir el Estado por lo que vive en constantes conflictos con la nobleza de sangre y con el Rey y sus Ministros.

A pesar del régimen corporativo, de las aduanas interiores, de los derechos de peaje y similares, de las diferencias de pesos y medidas, la industria y el comercio aumentan considerablemente. En la cuantía del comercio Francia ocupa un lugar inmediato después de Inglaterra. Es dueña del monopolio de su producción colonial; la posesión de Santo Domingo le proporciona la mitad del azúcar que se consume en el mundo; su industria sedera no tiene rival y en Lyon solamente ocupa 65,000 obreros; sus vinos, aguardientes y conficciones se venden en el mundo entero; la metalurgia también se había desarrollado en escala apreciable (en centros como Mont Cenis, Creuzot, Baja Alsacia); en Marsella, Nantes, Burdeos, El Havre, Ruan, el gran tráfico marítimo y comercial levanta fortunas numerosas (el armador Bonaffé,

de Burdeos, por ejemplo, poseía en 1791, una flota de 30 navíos y una fortuna de 16 millones); los bancos se multiplicaban y los capitales comenzaban a agruparse en sociedades por acciones. De esta manera en frente de los privilegiados y de los funcionarios en posesión del Estado, se levantan las nuevas fuerzas nacidas del comercio y de la industria. De un lado la propiedad feudal y de la tierra; de otro, la propiedad mobiliaria y burguesa; en el choque de ambas residirá la razón del estallido revolucionario.

En vísperas de la revolución Francia no era un país agotado; era floreciente y estaba en pleno auge, aunque también existía una gran miseria. Máximo Leroy, en una interesante obra que ya mencionaremos, estampa datos al respecto: a fines de la década de 1780-90 había 113,834 indigentes en París; 30,000 mendigos en una población de 650,000 personas; 3,000,000 de pobres en una masa de 18.000,000 de franceses. El pueblo, al decir de Mercier, era «flojo, pálido, pequeño, achaparrado» y formaba la clase más numerosa y más miserable, según la frase de Necker. Pero esta miseria podía provocar revueltas y motines, nunca originar una gran conmoción social. Esta surgió del desequilibrio de clases. Mientras la burguesía aumentaba su influencia y poseía la mayor parte de la riqueza, progresando sin cesar, las clases privilegiadas se arruinaban y debilitaban a la vez que sus consumos y derroches provocaron la bancarrota y quiebra del Fisco, lo que dará el motivo inmediato de la Revolución. Su mismo desarrollo hacía sentir a la burguesía las inferioridades legales a que seguía condenada y su ningún rol político. La revolución sólo; podía venir de arriba y la clase revolucionaria era la burguesía. La clase trabajadora en ese entonces era incapaz de tomar la iniciativa y menos su dirección, pues era débil y sin conciencia de clase, dado que la industria estaba en sus comienzos y los centros industriales muy dispersos, casi no existiendo grandes grupos coherentes; además que las corporaciones estaban divididas en hermanda-

des rivales, que se querellaban por razones mezquinas en vez de formar un frente contra los patronos. La pequeña industria domiciliaria era la forma predominante de la producción industrial de la época. Y las pocas grandes fábricas que se establecen ocupan, en su mayor parte, a campesinos que consideraban su salario fabril como ayuda o complemento de sus recursos agrícolas. En cuanto a los campesinos son las bestias de carga de la sociedad francesa: diezmos, censos, terrazgos, prestaciones personales, impuestos reales, servicio militar, todas las cargas pesaban sobre ellos. Vivían una existencia miserable, oprimidos y explotados. Es así como obreros y campesinos no son capaces de discernir sobre la necesidad y medios de subvertir el orden social. Al lado de los campesinos se alineaba el bajo clero, que, pobre y menospreciado, veía la miseria horrible del pueblo frente al derroche de los privilegiados, incluso el alto clero, por lo que ya no predica la resignación sino más bien pone indignación en los corazones campesinos.

En la cúspide de esta estructura social heterogénea y bamboleante, el rey Luis XVI actúa vacilante y tímido; era un infeliz y mediocre; el trabajo intelectual le fatigaba, durmiéndose en el Consejo, al mismo tiempo que había vivido lamentables sucesos domésticos que lo habían desacreditado al igual que a su esposa, la frívola y coqueta María Antonieta. Así la Monarquía estaba profundamente desprestigiada, ya que al inepto y crapuloso Luis XV le sucedió el pobre Luis XVI.

Otro historiador notable de la Revolución francesa, especializado sobre todo en el estudio de los problemas campesinos, es Georges Lefebvre, quien los ha abordado en numerosos trabajos y ensayos y de quien hemos releído: «Questions agraires au temps de la Terreur». Sus investigaciones arrojan considerable luz a este respecto.

Dentro de la Revolución tiene una autonomía propia el levantamiento campesino, tanto por su origen, ya que la masa rural fermentó espontáneamente bajo la influencia de la ruina y

de las esperanzas que hicieron nacer los Estados Generales, como por sus procedimientos, puesto que hasta el 14 de julio la burguesía no había tocado ni los diezmos ni los derechos feudales en circunstancias que los campesinos se estaban levantando desde marzo de 1789 contra sus señores y rechazaban los censos con gran descontento de los burgueses. Los campesinos quemaron los castillos, eliminan a sus propietarios y destruyen las cédulas reales en virtud de las cuales cobrábanse los innumerables derechos señoriales; rebelión que se dirigía, además, en contra de los acaparadores de mercancías, contra los impuestos y malos jueces; en una palabra, en contra de todos los que explotaban a la población y lucraban con su trabajo. La burguesía contempla con temor al Cuarto Estado, pues no podía dejar expropiar a la nobleza, sin temer por sí misma, dueña, en gran parte, de las tierras nobles y que recibía de los campesinos rentas señoriales. Es por eso que la burguesía unida a la nobleza inició la represión en contra de los campesinos, quienes cuentan como aliados a los obreros, provocándose una verdadera guerra de clases que agitó constantemente a los campos.

El levantamiento campesino fué autónomo, también, por sus crisis ya que las revueltas agrarias se repiten hasta 1793; por sus resultados, por cuanto sin él «se puede asegurar que la Constituyente no habría hecho mellas profundas al régimen feudal y es muy dudoso que lo hubiese abolido sin indemnización». Los campesinos resistieron la legislación clasista de la Constituyente durante los tres años de su gobierno, hasta que durante la Convención, en 1793, lograron la eliminación total de todas las rentas y pagos feudales, cualesquiera que fuesen, consiguiendo que se otorgara al campesino la propiedad libre y sin reservas de su posesión: se le promovió de una especie de arrendatario hereditario a la situación de propietario legal y absoluto.

Si la revolución campesina es autónoma por sus tendencias anti-capitalistas, en contra de todos los privilegiados: nobles, burgueses hacendados; la revolución finalmente, por medio de la

burguesía, hizo entrar a la agricultura en el cuadro de la producción capitalista, con la libertad personal del individuo, la libertad de la producción y circulación y la movilidad de la propiedad. En vez de fortificar a la comunidad precipitó su disolución introduciendo en ella el egoísmo individual; acentuó y confirmó la diferencia entre los campesinos acomodados y el proletariado agrícola, sujetando más el jornalero al salario que consintiera en pagarle el hacendado, y preparó el éxodo del campesino pobre hacia la ciudad.

Una obra muy reciente, de extraordinario interés, sobre la revolución francesa es la de Daniel Guérin: «*La lutte des classes sous la première République—Bourgeois et Bras nus, 1793-1797*», en dos volúmenes. Este trabajo es una interpretación marxista. Karl Marx que había sacado de la Revolución Francesa su idea de la «*revolución permanente*» proyectó escribir una historia de la Convención. Su discípulo Karl Kautsky publicó un folleto de vulgarización sobre los orígenes del proceso revolucionario. Existen otros ensayos de este mismo carácter, como por ejemplo, el capítulo respectivo en la «*Historia de la época del capitalismo industrial*» de Efimov y Freiberg; y un cuadernillo de la «*Historia del movimiento obrero*» de Duncker, Goldschmidt y Wittvogel. También la han estudiado desde el punto de vista marxista algunos historiadores soviéticos. Entre los franceses es Daniel Guérin quien realiza concienzudamente este propósito en la obra que indicamos.

Guérin para llevar a cabo su estudio somete a una severa crítica previa a los historiadores más importantes que le han precedido. Así, para él, Luis Blanc, historiador socialista, permanece siempre «*en el camino trillado de la democracia burguesa*». Jean Jaurés, más social-demócrata que socialista, «*no ha roto el cordón umbilical que lo une a la democracia burguesa*» y permanece «*materialista con Marx y místico con Michelet*» por lo que los conflictos de clases le parecen menos importantes que las luchas de los partidos, y es injusto con respecto a los «*Enragés*»

(«rabiosos») a quienes Marx consideraba como a los representantes principales del movimiento revolucionario a la vez que ha comprendido mal a los Hebertistas y a los Babevistas.

En lo que respecta a Albert Mathiez expresa que a pesar de estar familiarizado con algunos aspectos del materialismo histórico y ser autor de páginas clásicas sobre muchos episodios de la revolución «no quiere admitir que la lucha de clases forma el fondo de la historia» y por amor a Robespierre y odio a Danton (defendido antes con encarnizamiento por Aulard) ha desvirtuado algunos de los sucesos más significativos de la revolución, de tal suerte que Mathiez es «culpable de haber reducido el acontecimiento más grande de los tiempos modernos al nivel de asquerosos enredos, de turbias intrigas de una quinta columna». En cambio estima que Georges Lefebvre es un historiador de gran corazón que adelantó en muchos aspectos la historia del conflicto revolucionario que analizamos.

Por los antecedentes mencionados Daniel Guérin aporta una visión de la Revolución enteramente diferente de la de sus predecesores. A pesar de que ataca a Jaurés es una frase de este historiador la que mejor define el intento de Daniel Guérin: «De la verdad, por sobre todo, es de lo que tiene necesidad el proletariado que lucha».

En el libro de Guérin no se da tanta importancia a la resurrección de las grandes figuras, sino al estudio del movimiento de las masas. Desde la caída de los girondinos hasta la ejecución de Babeuf nos muestra como se han combinado una revolución burguesa y un embrión de revolución proletaria, por cuanto en este período revolucionario las dos corrientes han cabalgado siempre la una sobre la otra. Este proletariado inorganizado de 1793, los «Sans Culottes», que Michelet llama «les bras nus», se oponen a los pequeños burgueses, quienes parecían tan próximos a ellos. Mientras que los historiadores burgueses, y aún el mismo Jaurés, cortan la historia en fajas rígidas: feudalismo, revolución burguesa, revolución proletaria, y no admiten que

haya cabalgado uno de esos períodos sobre otro, Guérin trata de demostrar cómo en el seno de la fase burguesa se preparan y se manifiestan movimientos proletarios. Según Guérin, a Jaurés «el comunismo de Babeuf se le aparece por momentos como una excrecencia anacrónica más bien que como el término lógico de la Revolución. . . Al contrario, el marxismo auténtico descubre, disimulados en el árbol espeso de la revolución burguesa, los jóvenes retoños de otra lucha de clases, de otra revolución, prolongación y fin último de la que comenzó en Francia en 1789». Esta yuxtaposición de dos tendencias revolucionarias en el seno de la Revolución francesa tiene, como en todos los acontecimientos históricos, causas económicas: «Es que la Francia de 1793 era, desde el punto de vista de la evolución de las formas de producción y de propiedad, una combinación heteróclita de elementos retrógrados y de elementos modernos, de elementos retrasados sobre la revolución burguesa y de elementos que tendían a saltar la revolución burguesa». Son los «bras nus» quienes han forzado la mano de la burguesía para tomar la Bastilla; para trasladar la reyecía de Versailles a París; para hacer sancionar por el Rey la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano; para actuar en la insurrección del 1.º de agosto y en las masacres de septiembre; para ejecutar a Luis XVI, para castigar a los Girondinos, mientras que por temor al torrente revolucionario la Montaña, amante del orden, ha frenado bruscamente la descristianización. Una vanguardia proletaria exigente y agresiva obligó a la burguesía a conducir la revolución hasta el fin. En 1793 Guérin cree poder reconocer una línea de acción puramente proletaria en su violencia antiparlamentaria que se expresa en el dramático conflicto que opone a la Comuna del año II a la Convención y su apogeo se produce en las jornadas de septiembre de 1793 cuando los «ventres-creux» (los «estómagos vacíos») arrancan a los montañeses medidas económicas de excepción: la fijación del máximum, la pena de muerte contra los acaparadores, la creación del ejército revolucionario

destinado a inspirar un sano terror a los ricos hacendados. Para Guérin fué Robespierre quien domesticó la Comuna, dispersó las sociedades populares, contuvo las alzas de salarios y reprimió las huelgas. Se demuestra un hombre de orden, un pequeño burgués tentado por la dictadura, más cerca de Thiers que de Bonaparte. Su opositor Hébert según Guérin, solamente ha servido ocasionalmente los intereses de los «bras nus», pero en el fondo es un burgués demagogo en busca de ventajas políticas; él y sus partidarios consideraban a la revolución únicamente como una carrera y no según decía Jaurés, «como un ideal y una carrera a un tiempo».

Hébert y sus acólitos en cuanto toman conciencia, en septiembre de 1793, del peligro que han suscitado, a raíz de la violencia de las reivindicaciones sociales de los oprimidos, buscan cómo derivar esta cólera hacia otro plano y así empiezan la campaña de descristianización. El éxito de esta campaña fué fulminante y la explosión de odio anti-clerical en un principio, después francamente anti-religioso, sobrepasó la esperanza de los hebertistas. Pero Robespierre en su discurso en los Jacobinos, el 21 de noviembre de 1793, hizo una declaración de guerra a los descristianizadores. He aquí para Guérin la vuelta capital, pues es de aquí cuando data el sobresalto burgués, el reflujo revolucionario y una a una van a ser perdidas las conquistas sociales del proletariado. Robespierre había rehusado aplicar la Constitución de 1793, por lo que el 20 de mayo de 1795, los elementos populares amotinados invadiendo la Convención gritaban a los diputados «¡Váyanse todos! ¡Nosotros mismo vamos a formar la Convención!» Es que Robespierre y la burguesía revolucionaria querían «una dictadura por arriba» y los «bras nus» reclamaban «una revolución por abajo» en los clubes y en la Comuna. He ahí todo el drama de la revolución.

La interpretación de Daniel Guérin aporta un indudable enriquecimiento sobre los relatos anteriores de la revolución francesa. Tal vez su visión está limitada desde que para él sola-

mente el marxismo ortodoxo constituye la única llave de la historia. Por tal motivo enfrenta el estudio y explicación de la historia con un espíritu a priori, con un lote de ideas preconcebidas, que empleadas sistemáticamente terminan por esterilizar la historia en vez de diversificarla. Sin embargo, a pesar de su punto de vista estrecho y sectario, al pretender renovar la explicación de los hechos históricos, aclara uno de los aspectos más oscuros y menos considerados de la revolución francesa. Por otra parte, la seriedad del inmenso trabajo realizado y la generosa pasión por los desheredados que lo anima hace útil y necesaria su lectura.

Desde el punto de vista del criterio que debe imperar en la investigación histórica representa un punto de vista opuesto al de Guérin el que sustenta Máximo Leroy y por ello digno de conocerse, por lo menos en su planteamiento general. Lo formula en el prefacio y en la introducción de su notable obra: «L'Histoire des idées sociales en France» (Tomo I. «De Montesquieu y Robespierre»). Según Leroy «la historia enseña que persiste la constante de un terrible duradero humano bajo las fluctuaciones de la moda, del lenguaje, de la ambición, del saber». Pues bien, «es ese duradero que tenemos que conocer en su detalle, en su horrible detalle, terrorista, rojo o blanco, detalle tan a menudo atroz y desesperante».

Lo que M. Leroy busca en la historia son las enseñanzas que derivan «del duradero psicológico» y no las tesis partidarias sociales o políticas. Leroy no es marxista, es más bien de formación prudoniana. Estima que los marxistas a pesar de sus pretensiones para subsistir el socialismo utópico de Saint-Simon o de Fourier por un socialismo científico, no son menos utópicos que sus antecesores. Para él «la utopía de Saint-Simon o de Fourier radica en la descripción de sus instituciones del porvenir; ellos habían sido utópicos, sobre todo Fourier, por sus planes. La utopía de Marx radica en el rol que él ha creído que jugarían

las circunstancias económicas en tanto que creadoras revolucionarias del porvenir».

A Leroy le repugna todo sistema, o dogmatismo simplificador y evita todo fanatismo político y social. Para salir de la utopía, para despejar, sin mutilarla, la realidad de una época, la historia debe ser pluralista y tener en cuenta todos los aspectos del espíritu humano. La búsqueda histórica constituye «una obra de ensanchamiento espiritual que conviene perseguir con una especie de piedad humana, para no perder nada de la experiencia de quienes nos han precedido en las vías dolorosas de la historia». Es enemigo de la tendencia a esquematizar, a caricaturizar lo real, a penetrar por fractura en la interpretación de los hechos.

La revolución de 1789 no fué un movimiento socialista, como algunos escritores han manifestado. El único movimiento de esa tendencia fué la Conspiración de los Iguales, acaudillada por Gracchus Babeuf, en 1797, contra el Directorio, que fué vencida y aplastada.

Los propietarios, la burguesía y los campesinos acomodados fueron los que sacaron provecho de la revolución. Precisamente, los rasgos distintivos de la revolución agraria elaborada durante ese proceso fueron la emancipación de la agricultura de las restricciones de un feudalismo anticuado y la transformación del campesino cultivador en propietario independiente. Desde la revolución la unidad de propiedad agraria en Francia es pequeña, de tal suerte que se transformó en un país de campesinos propietarios. Mientras el número de propiedades agrícolas es de cinco y medio millones, el número de trabajadores agrícolas es de tres y medio millones. Por otra parte, nada ganó el trabajador industrial, obrero sin propiedad, al que ni siquiera se le permitió asociarse (la Ley Chapelier declaró ilegales las asociaciones de los trabajadores, situación que reforzó el Código de Napoleón) ni tampoco la estéril libertad que la Declaración de los Derechos del Hombre afirmaba ser suya por ley natural. La ley contro-

laba sus movimientos por medio de reglamentos a la vez que prohibía estrictamente su asociación, de tal modo que se enfrentaban indefensos a sus patrones en las disputas industriales. De ahí que la revolución haya consagrado solamente el triunfo de la burguesía, de sus reivindicaciones, de su dominio, de su ideario filosófico, económico y político: el liberalismo, concretado en el régimen democrático burgués.

#### FASES PRINCIPALES Y CAUDILLOS DESTACADOS DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA.

La Revolución estalló en 1789 y duró hasta 1799, cuando Napoleón asume el poder, a raíz del golpe del 18 Brumario. Su momento culminante ocurrió en los años de 1793-1794, declinando a partir del 9 Thermidor (27 de julio de 1794).

Durante su primera fase, desde junio de 1789 hasta el 10 de agosto de 1792, domina la gran burguesía que se esfuerza por hacer pactar la revolución con el Antiguo Régimen, declarando, en seguida, la guerra a las masas populares: campesinos en abierta rebelión contra los privilegios feudales y obreros de las ciudades que protestan por la escasez de alimentos y el encarecimiento de la vida. En la segunda etapa, desde el 10 de agosto hasta el 9 Thermidor (1792-1794), el poder fué ejercido por la pequeña burguesía revolucionaria, políticamente organizada en el Club Jacobino, comandado por Marat, Danton y Robespierre. Durante este período la tarea de la pequeña burguesía fué la de eliminar todas las supervivencias feudales y crear las condiciones políticas que permitiesen a los poseedores desarrollar libremente sus actividades. En su contienda por desplazar el feudalismo para implantar el liberalismo, frente a la nobleza nacional y la reacción europea, los jacobinos representaron el papel de partido revolucionario (El año pasado, 1948, apareció, editado por Hachette, el libro de Jacques de Castelneau: «Le Club des Jacobins» (1789-1795), en el que analiza detenida-

mente la existencia de este poderoso partido, enfocada como la historia de la ascensión popular francesa hacia la cima de la libertad y como una especie de prefacio del socialismo contemporáneo. Hay una etapa de la vida en la que no se puede ser sino jacobino, y el propio Napoleón se jactaba, con cierto orgullo, de haber sido jacobino en su juventud).

En la tercera fase, a partir de la reacción thermidoriana, de nuevo entran a predominar los elementos de la alta burguesía. A lo largo del curso de la revolución, los grandes comerciantes, industriales y propietarios, presentaron un frente común para hacer fracasar la obra revolucionaria en favor de las reivindicaciones populares. Y es así como, a pesar de la destrucción del feudalismo, la condición social y económica de los grandes sectores laboriosos no mejoró. El Directorio consagró abiertamente la victoria de la burguesía y con ella se impuso el capitalismo. A raíz de su triunfo, la agricultura entró en el cuadro de la producción capitalista, que acentúa la diferencia entre el propietario agrícola y el proletariado agrario, amarrado éste al salario que consentía en pagarle el gran hacendado, o bien lo desplaza hacia las ciudades y las fábricas. Por otra parte, el desarrollo de la industria sobre la base capitalista hizo de la pobreza y de la miseria de las masas obreras la condición vital de la sociedad mercantilista contemporánea. Con mucha razón expresa Albert Mathiez, al resumir los resultados de la revolución: «Puede decirse que el pueblo pagó las costas de la revolución junto con los clérigos y los emigrados. La burguesía que estuvo a punto de ser desposeída en el año II, terminó por afirmar su poder gracias a la inflación. Gracias a la inflación adquirió casi por nada la tierra del clero y de los emigrados. Gracias a la inflación venció a sus enemigos del interior y del exterior. Gracias a la inflación proveyó sus usinas de guerra. Gracias a la inflación, en fin, domesticó por un siglo a las clases populares».

El documento más difundido de la Revolución francesa, y que es la síntesis teórica del anhelo del pueblo en esa grandiosa

jornada, es la «Declaración de los derechos del Hombre y del Ciudadano», publicada en 1789. En uno de sus acápites principales dice: «Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos. Las diferencias sociales no pueden tener más base que el bienestar general... El fin de todas las relaciones entre los ciudadanos es la conservación de los derechos naturales e inalienables del hombre. Estos son: la libertad, la propiedad, la seguridad y la resistencia contra cualquier opresión».

Son muchos los caudillos de la Revolución francesa que merecen señalarse. En su primera fase quien jugó el rol principal fué, sin duda, el conde Mirabeau. Mirabeau ha sido el sujeto de innumerables biografías. Ultimamente hemos leído el vasto estudio de Jean-Jaques Chevalier: «Mirabeau» (Un grand destin manqué), publicado por Hachette, en 1947. De acuerdo con el epígrafe, tomado de Sainte-Beuve, donde afirma que «es la primera gran figura que abre la era de las revoluciones», Chevalier estudia en forma minuciosa y hábil al ciudadano Mirabeau y al proceso colectivo de la Revolución en los años de 1789 a comienzos de 1791. Analiza hondamente la actuación política de Mirabeau, desde el mes de enero de 1789, cuando la apertura de los Estados Provinciales de Aix-en-Provence, hasta su muerte, en marzo de 1791.

En cuanto a Danton, el tribuno más poderoso de la época, ha sido estudiado en numerosas biografías. Tal vez la más completa es la de Louis Madelín (autor, también, de un estudio completo sobre Fouché), que ha sido reeditada por Hachette el año recién pasado, en su Colección «Figures du passé».

Robespierre encarnó fielmente el espíritu de rebeldía del pueblo francés en contra del feudalismo y personifica al partido jacobino. Fué un sincero y honesto defensor de los derechos del pueblo. Según Mathiez, que le ha consagrado un valioso libro; es el primer apóstol del socialismo de Estado. Quizás la biografía más completa sobre Robespierre es la de Gérard Walter. Este laborioso investigador publicó en 1936, *chez Gallimard*, su tra-

bajo; pero recientemente, ha sido reeditado, totalmente rehecho con una abundancia de datos, que asombra, en dos nutridos, volúmenes. Robespierre fué un ardiente discípulo de Rousseau y, sin embargo, tuvo frases de desprecio para las formas de vida de los filósofos. Decía de ellos: «Eran algunos hombres estimables y un mayor número de charlatanes ambiciosos. Declamaban contra el despotismo y estaban pensionados por los déspotas... Hacían tantos libros contra la corte, como dedicatorias para los reyes, discursos para los palaciegos y madrigales para las damas: eran tan orgullosos en sus escritos como serviles en las antecámaras»...

Poseyó una inflexible voluntad revolucionaria y una de sus máximas favoritas era ésta: «Debe existir una voluntad». Es el autor de esa bella frase de la «Declaración de los Derechos del Hombre»: «*El objeto de la sociedad es la felicidad común*». Uno de sus tantos biógrafos, al tratar de definir su personalidad compleja, ha estampado este juicio: «Si algo es cierto acerca de él, es su plena seguridad de haber triunfado en la empresa de conciliar las cosas aparentemente más opuestas. Creía en la libertad, a pesar de preconizar una política de intimidación; amaba al pueblo, aunque despreciaba a los individuos; no era partidario de la pena de muerte, no obstante haber ordenado algunas ejecuciones; odiaba el militarismo, a pesar de lo cual quería una guerra nacional, y creía en una Providencia Todopoderosa con una inquisición vengativa y sin tregua para todos sus opositores».

El amigo, y colaborador inseparable de Robespierre, fué el joven e intrépido Saint-Just. A pesar de su juventud (murió guillotinado a los 27 años) fué un ejemplo de austeridad y energía y un magnífico organizador y conductor de masas. Representó a menudo el pensamiento extremo del partido Jacobino. Fervoroso republicano sintetizó su credo en esta frase: «La primera de todas las leyes es la conservación de la República». Es conocida la biografía que le dedicara Emmanuel Aegerter. En su

párrafo final escribe: «Fué una inexorable voluntad al servicio de la justicia absoluta... En todas las horas de trastorno y de duda, cuando una audaz revisión de los valores sociales engendra en demasiados espíritus el excepticismo primero, la vacilación después; cuando una civilización se disuelve falta de principios, Saint-Just indica el único medio de salvación: Querer implacablemente y hasta la muerte. Querer la justicia».

La personalidad de Saint-Just ha sido el motivo de notables trabajos recientes como los de: Jean Gratien: «Oeuvres de Saint-Just», en el que se traza una semblanza biográfica y se reproducen algunos de sus mejores escritos; y de C. J. Gignoux: «Saint-Just», publicado en ediciones *La Table Ronde*. En esta última biografía se hace un estudio completo de su acción y de su obra. Saint-Just era un joven y temible revolucionario, de hermosa estampa física, dueño de una oratoria sentenciosa y cortante, de glacial presencia unida a una impenetrable sangre fría y de un valor a toda prueba, que no flaqueó ni ante la muerte. Saint-Just fué el Arcángel de la guillotina.

Su credo revolucionario, en lo social y político, puede sintetizarse en estas frases: «El revolucionario sabe que para que la Revolución se afirme, es preciso ser tan bueno como se era malo antes... Un revolucionario es un héroe de buen sentido y probidad... Es necesario que Europa se entere que no queréis un desgraciado ni un opresor en el territorio francés. Que este ejemplo fructifique sobre la tierra; que propague sobre ella el amor a la virtud y a la felicidad. La felicidad es una idea nueva en Europa».

Marat poseía un ardiente espíritu de clase, por lo que ha atraído la atención de los revolucionarios y, entre ellos, la de Carlos Marx, quien admiraba su férrea voluntad y su intransigencia e intrepidez revolucionarias.

Marat estimaba que un profundo y perpetuo antagonismo de clases domina las relaciones de la sociedad en su interior y que el problema de la desigualdad social es el más grave y que más

urge resolver entre todos los que se presentan al legislador. Para Marat, el primero de los derechos que debe conquistar el oprimido es el de «asegurar su existencia material», por cuanto, ante todo, el hombre debe subsistir. La igualdad y la justicia únicamente se pueden conseguir por el camino de la lucha de clases y afirmaba que los pobres deben reivindicar, a mano armada, contra los ricos, los derechos sagrados de la naturaleza. Marat quería que desaparecieran «esas instituciones odiosas que hacen que algunas clases del pueblo sean enemigas de otras». Es bastante manejada su biografía que escribieran Barthou y Walter, ambos versados investigadores de los sucesos y de las más destacadas personalidades de la Revolución francesa.

La lectura de esta obra nos entrega una visión de Marat muy distinta de la tradicional que lo presenta como a un hombre sediento de sangre. No hay tal. Lo que pasa es que su ideario era extraordinariamente avanzado: Defiende ideas como estas: «Sin duda, el fruto de vuestro trabajo os pertenece; pero la agricultura necesita del suelo y ¿bajo qué título os apropiáis un rincón de esta tierra que fué dada en común a todos sus habitantes? ¿No creéis vosotros que después de una repartición equitativa de todo, os podíais asignar vuestra parte? Además, después de esta repartición, no tendríais derecho sobre el terreno que cultivasteis, sino sobre la parte necesaria a vuestra existencia». Su intransigencia revolucionaria está contenida en esta máxima: «Pretender agradar a todos en tiempo de paz es obra de locos; pero pretender agradar a todos en tiempos de revolución es propio de traidores».

En una colección francesa titulada «A la lumière des textes oubliés» se ha publicado el trabajo de Gracchus Babeuf: «Le problème social paysan pendant la Révolution», con una introducción y comentarios de Jean Auger Duvignaud. Babeuf fué el dirigente de la «Conspiración de los Iguales», que trató de derrocar el Directorio para establecer un gobierno popular. Babeuf es quien primero ha expuesto un programa verdadera-

mente comunista. Afirmaba que todo el mundo debía tener medios para satisfacer sus necesidades; aspiraba a la destrucción de las grandes fortunas y a la abolición del derecho de herencia. Según Babeuf, «la tierra no es de nadie. Todo lo que el individuo acapara más allá de lo que necesita para su alimento es un robo social». A fin de conseguir una nueva sociedad, en la que no existan desigualdades, es necesario, según Babeuf, en primer lugar, establecer una administración común; luego, la propiedad particular debe ser suprimida; cada hombre debe ser destinado a la industria que conoce, teniendo el deber de depositar el fruto de su trabajo en el almacén común. Para realizar estas medidas se crearía un simple mecanismo de distribución, una administración de subsistencias, que llevando un registro de todos los individuos y de todas las cosas haría repartir estas últimas con la más escrupulosa igualdad, depositándolas en el domicilio de cada ciudadano. Con tales medidas desaparecerían todas las miserias e injusticias y la inquietud económica en general, que, según Babeuf, es «perpetua de cada uno de nosotros, sobre nuestra suerte del día siguiente, de nuestra vejez, de nuestros hijos».

Otros personajes secundarios, en cuanto a figuración, pero de ideas muy interesantes, son Lange y Buonarotti. Lange, de origen alemán, fué un crítico perspicaz del proceso revolucionario. Atacó rudamente la Constitución de 1791, que estaba dirigida a defender los intereses de la burguesía, considerándola atentatoria al principio de la igualdad de todos los hombres ante la ley, por la división que hacía en ciudadanos activos y pasivos, es decir, entre poseedores y trabajadores, otorgándole derecho a sufragio solamente a los activos. Por otra parte, fué el creador de las primeras cooperativas agrarias, con el objeto de terminar con el hambre del pueblo, evitando la perjudicial acción de los acaparadores y especuladores. Recomienda, para concluir con los intermediarios, que encarecen la producción, la organización de

una vasta red de cooperativas agrarias. Con estas ideas, Lange influye notoriamente en Fourier y Owen.

Buonarotti fué compañero de Babeuf en la jefatura de la «Conspiración de los Iguales». Sus convicciones eran avanzadas. Distinguía claramente dos épocas en la revolución: la primera, de 1789 a 1792, en la cual se proponían únicamente establecer una Monarquía constitucional con un gobierno burgués; la segunda, que comenzaba en 1793, se caracterizaba por la lucha entre los que poseían y los que nada tenían, entre poseedores y desposeídos. De este análisis partía para considerar la necesidad de derrocar al Directorio, con el propósito de organizar, tan pronto cayera, una Asamblea Nacional que tendría por finalidad controlar el poder y dictar una Constitución Socialista para Francia. Escapó de la guillotina, con motivo de su arresto junto a Babeuf. Será el historiador de este frustrado movimiento, cuyo «Manifiesto» decía: «La Revolución francesa es solamente la precursora de otra revolución más grande y más imponente, que será la última».